

CORREO DE GERONA

DEL JUEVES 7 DE MAYO

DE 1795.

DEDICADO UNICAMENTE

À LA

INSTRUCCION MILITAR

Ò

ESCUELA HISTORICA , Y MORAL

del Soldado.

EL TEMPLO DE JANO.

Quanto mas terrible fué un obgeto , tanta mas veneracion le tributó el Pueblo ordinariamente , mirándolo con un cierto terror secreto que se figuró dimanado de los altos Cielos , prosternándose ante aquello que le retrataba vivamente la voluntad suprema de los Dioses. Se acostumbraba como à males necesarios , à las calamidades que affigen à la humanidad. La guerra sangrienta , y destructora , en valde presenta su feroz imagen ; el hombre encierra en su corazon , los movimientos de

la

2
la naturaleza, y la idea de que los rayos celestes ayudan à sus débiles tiros, inflama su ánimo, y le precipita sin temor en medio de los peligros.

Los romanos que entendian quanto influyen sobre las acciones los sentimientos del corazon, aprobaban astutamente este conocimiento, y siempre que se declaraba la guerra se abria con ceremonia el templo de Jano, à fin de que vieran todos que aquella accion no se emprendía, sino bajo la proteccion de los Dioses. El Consul mismo adornado con el cinto gabino (A) entraba en el Templo que sus manos habian abierto, afirmando al Cielo la lexitimidad de la empresa en la que se veía empeñado el Pueblo romano.

Estos entendian muy bien que el estrago de la guerra, arrojaba sobre los hombres las desgracias, y las miserias, que destruia la felicidad, y que su solo nombre estremece los corazones sensibles pero si llenos de heroismo, y valor lo afrontaban todo quando les parecia que su causa estaba auxiliada por los Dioses ¿quánta mayor nobleza tiene el motivo que ha de conducir los Españoles? El Ente supremo, cuyos Templos destruyen unas manos sacrílegas nos escogió para intrumentos de su venganza: una infeliz Nacion desconoce quanto tiene de sagrado la Religion, y la justicia, y qual tigre furioso está amenazando la libertad de los Pueblos que abominan su bárbaro sistema: ¿existirá entre nosotros un individuo para quien no sea un deber indispensable sostener el culto de Dios, mantener el Trono de nuestros augustos Soberanos, reprimir la violencia, y atacar los criminales proced-

(A) *El cinto Gabino era un vestido que se echava à la espalda, y cuya falda caida en ella ceñia al que lo llevaba.*

3

deres de nuestros enemigos? ¿ porque no han de arder las almas de los españoles en el fuego de estos nobles sentimientos que parecen vinculados à la Nacion con antigüedad de muchos siglos? ¿ porque todo español no ha de ser un guerrero, un defensor de la buena causa?

*Concluyese la Anecdota Militar la Peña
de los Enamorados.*

Faxardo llora; los mas contrarios y opuestos transportes lo despedazan : forma el proyecto de alejarse prontamente de aquel pays, sin despedirse de la Princesa, sin verla, sin informarse siquiera de si tiene noticia de su partida : ¿ pero quando se ama con la extraordinaria viveza con que amaba el Cavallero, se pueden executar estos intentos? ¿ El amor no renace entonces con mas fuerza, con mas poder? Faxardo es el blanco de los combates, de los succesivos asaltos de la razon, de la obligacion, del honor, de su pasion siempre victoriosa.

En medio de esta terrible tempestad recibe un billete que decía así. „Presentaos hoy en el bosque „ de las rosas; una persona os pide una conversacion secreta“

El esclavo que conduce el billete, desaparece al instante. Vuelve à leer, no puede conocer la letra. ¿ Que tendrán que decirme? La Princesa... pero huuyamos de esta idea... es imposible. ¿ Abenacar habrá penetrado los secretos de un corazon que no puede resistirse al dolor que lo despedaza? No importa : no faltaré à esta cita. ¿ Debo tener miedo? ¿ No he aprendido ya à morir?

Se apresura pues à bajar à los jardines : llega al
bos-

bosque : no vé á nadie : luchaba en un mar de reflexiones , quando oye un ruido sordo : vé acercarse una persona cubierta con un velo. Faxardo cree que es Zatima : — ¿ Princesa ? — No soy la Princesa , responde la voz , que reconoce en efecto no ser la de la hija del Rey : pero Señor , es mi ama , es ella misma la que me embia à hablaros ; soy la depositaria de los secretos de su alma Señor , la causaréis una pena que la conducirá al sepulcro ! — ¡ Yo causar la mas mínima pena à Zatima ! Seas quien seas , tén compasion de mi : soy el mas infeliz de los mortales ! — Señor , soys al contrario el mas feliz : sabed Zatima no es indiferente à vuestro amor . ¿ Que es lo que digo ? Experimenta Cavallero , bastante he dicho ¿ y marchais ? La esclava levanta el vélo. Faxardo reconoce à Fatme la confidenta , la mas querida amiga de la hija de Abenacar. Me havréis visto forzosamente muchas veces al lado de la Princesa , le dice , siempre la acompaño : nada tiene oculto para mi : sois Cavallero y Español : esto es lo que nos ha persuadido á las dos , que podiamos contar con la nobleza de vuestros procederes. Zatima , Señor , no podrá sufrir el veros dejar este pays . Me entendeis sin duda Vuestra partida la hará morir — ¡ Que sea yo el asesino de lo que adoro ! Pues que conocéis el corazon de la Princesa , no cometo ninguna indiscrecion : leed en el mio sabed que me consume un amor que no puedo vencer ; yo soy el que me abraço , el que moriria mil veces por la hermosa Zatima : ¿ pero debo engañarme quando mi amor me mata ? ¿ Adonde nos arrastra esta fatal pasion ? ¿ Que peligros amenazan à la Princesa ! Ah Zatima ¿ para qué os he visto ? ¿ para que vuestras miradas se han fixado en las mias ? Veo todos los obstáculos , una barrera invencible Señor no aban-

aban-

5
abandonéis este país: esto es todo lo que os pedimos: imaginad un medio; si amais, fácilmente lo hallaréis. Respire Zatima el ayre que respirais; ¡A lo menos, Señor, que tenga el gusto de veros! Si no os vé, sabrá siquiera que estais cerca de ella, que habitais este palacio: el Rey — ¡que golpe! ¿debo corresponder de este modo à su bondad? adoro, idolatro su hija.... id, contad à la adorable Zatima, que moriré en este país, que seré suyo hasta el último aliento. ¡Si pudiera gozar à lo menos el placer de morir à sus piés!... Fatme crée ver alguno que se acerca: se apresura à separarse del cavallero.

En efecto, dirigianse muchas personas hácia el bosque. Era Abenacar que seguido de su Corte venia à gozar las delicias de este hermoso paseo: causale alguna sorpresa el ver allí à Faxardo — Cavallero, no creía halláros en este parage! ¿háveis dispuesto la marcha? No os negaré que me haréis favor en apresuraros, en aprovecharos de vuestra libertad: tengo mis razones. Marchad, acordaros que los dos estamos igualmente sugetos à las leyes del honor.... os lo repito. Apresuraros à uniros con los demás Christianos: permito que los socorrais aun con vuestro valeroso brazo: es glorioso el combatir con enemigos como vos.

El Monarca continúa su paseo. Faxardo permanece en cierto modo como immobil: no puede ocultarse à sí propio que acaba de recibir una orden de salir de Granada — ¿Abenacar habrá sospechado algo de esta pasion, que causará la pérdida de estas dos víctimas? Ah, ¡antes perezca yo solo mil veces, que la adorable Zatima no experimente la menor sombra de peligro! ¿meresco yo que los hermosos ojos que han trastornado mi razon, derramen por mi una sola lágrima? ¡Faxardo, Faxardo, tu no puedes separarte de este pays! ¿y no tendrás valor pa-

ra

rá morir? Zatima, Zatima sola sabrá la causa que ha puesto fin à mi vida; este consuelo me acompañará al sepulcro.... ¡Fatal, y desgraciado amor! ¿Cederé à tus transportes? Una sola palabra de Abenacar me ha hecho conocer lo enorme, lo vil, lo indigno de mi culpable conducta, si sigo prestando oídos à mis pasiones... ¿si me manchare con un indigno crimen? ¡yo seducir, encender un criminal ardor en el inocente pecho de una jóben!.... ¡Ah! ¿hemos nacido para podernos unir? soy christiano: Zatima profesa una secta que justamente miramos con el mayor horror.... Si;... si, todo debe, todo debe separarnos: romper para siempre unos lazos.... ¿Faltaré à los sagrados derechos de la hospitalidad? ¿Faltaré à mi honor, à mi pays? ¿No soy español, y cavallero?

Al decir estas palabras, marcha veloz à su quarto, y dice à sus escuderos: — Amigos, ya estamos libres, tengo permiso de mi vencedor, pensemos en nuestra marcha; salgamos de Granada: ¡ojalá la pueda yo olvidar para siempre!

Faxardo se halla solo: abandonase entonces à las mas violentas agitaciones: se determina à no ver à Zatima. Quiere escribirla: ha formado ya algunas líneas: escápasele la pluma: sus lágrimas le anegan. — ¿Tendré valor para declararla que renuncio para siempre à la felicidad de hablarla, de oirla, de verla? ¡Ah Zatima, Zatima! Me será imposible abandonar este pays. Un momento despues.... ¿y mi honor? ¿No comprometo además el de Zatima, su misma vida? ¡si Abenacar supiese!.... no do dudo, su hija moriria de dolor, de desesperacion: ¿que es lo que digo? ¿podria olvidarse de que es padre? ¿pero yo no me olvido de mi deber? Arrojemos para siempre de mi corazón una pasion que nadie me puede aprovar.... no veré à Zatima, no cede:

cede:

cederé... moriré en los combates... de nada tendré que acusarme entonces. Zatima sabrá mi muerte; me llorará: no lo dudo, me ama.

Faxardo derramaba un torrente de lágrimas al tiempo que pronunciaba estas palabras. — A lo menos decia, disfruto la satisfaccion de no tener testigos de mi debilidad.

Sus escuderos entran à anunciarle que todo está pronto, y que puede salir al instante que guste de Granada: pide que le dejen solo por un rato. Se arroja sobre una silla despedazada por su situacion. ¡O vosotros corazones sensibles, nacidos para el amor; contemplad á este infeliz luchando consigo! ¿Vuestra alma no se siente igualmente agitada que la suya?

Fatme habia hallado á la Princesa en la mayor consternacion: su padre habia conocido en efecto su inclinacion hácia Faxardo, y no habia ocultado sus sospechas: — ¿Zatima, me habré yo engañado? ¡vuestro corazón!... un christiano... ¿te avergüenzas? Si mi hija fuese culpable... véis este puñal... sabria impedir el delito; si, lo clavaría en tu corazón.... ¡Ah! heriria en el mio! Tu conoces amada hija, toda mi ternura para contigo: he procurado prodigarte todos los testimonios del amor paternal; he dulcificado la severidad de nuestras costumbres: ¿y será este el pago?

Zatima horrorizada, abandonada al llanto, repetia á su confidenta, las expresiones de Abenacar: añade: tiemblo, tiemblo por Faxardo: su vida.... Fatme, vale aun mas que la mía. Mi padre sería capaz.... yo, yo soy la culpable! Voy, vuelo á echarme á los piés del Rey, le confesaré mis penas, mi delito. Tendrá lástima de su hija: à lo menos será el único objeto de su venganza. Fatme se opone à este proyecto, la representa su imprudencia,

cia, las terribles consèquencias : — No libertariais à Faxardo, ni impediriais vuestro castigo... créedme, Señora... triunfad de un amor que os cuesta tantos males. olvidad... ¿que vas á decir Fatme? ¡no acabes! ¡no acabes! mi amor me es mas preciso que la vida : no me es posible, no, no me es posible el vencerlo, no conozco ni riesgos ni peligros. Me estremèces... abandonaré por esta pasion á mis padres, á mi pátria, à mi religion, todo... Fatme, esta no es Zatima : es la esclava, es la víctima expirante de Faxardo no, no podré sostener su partida... Conduceme al sepulcro : presentame la tumba funeral, quiero arrojarme en los brazos de la muerte.

La Princesa no puede continuar : un diluvio de lágrimas anega sus palabras : pregunta sin cesar por Faxardo : le llama : — ¿dexará á Granada, quando está cierto de que es amado?

Faxardo havia diferido su partida hasta la madrugada del dia siguiente : sus escuderos gozaban el dulce reposo del sueño : su amo bien lejos de seguir su exemplo velaba inquieto, y pensativo sobre el partido que tomaria : se determina á escribir segunda vez á Zatima.

Estaba quasi escrita la carta : oye un ruido sordo, producido por algunas personas que corrian hácia su quarto. El cavallero cuya alma es incapaz de sentir el miedo, y cuya pasion le hacé despreciar la vida, crée que es el padre de Zatima que viene à vengar su resentimiento, y forma la resolucion de irse á presentar para recibir el golpe mortal : abre la puerta : dos mugeres cubiertas de un espeso velo, y seguidas de un esclavo entran apresuradamente : la una exclama : Faxardo, libertanos, huyamos, huyamos... estás perdido... Al decir estas palabras, levanta el velo. — ¡Zatima! ¡oh Cielos! — Yo soy,

soy,

soy , yo soy , Cavallero : expiro , muero.... Mi padre... mi padre lo sabe todo... muera yo victima del amor. — Pero vos , ah!... esto me causa mil veces mas dolor que la muerte misma. Fatme ha podido averiguar por medio de un esclavo la suerte que nos amenaza. Ya no es tiempo de pensar en mi indiscrecion , en mi locura ; conozco , conozco todo el horror del crimen que acabo de cometer , pero es necesario libertarte de la venganza del Rey. Este esclavo fiel que me sigue ha preparado quanto se necesita para nuestra fuga... nos aguardan... Señor , sigo á mi amante , á mi esposo , me confio mas á vuestro honor que á vuestro amor... No nos detengamos en salir de este pays.... Apresuremonos.... Nos conduciran por sendas escondidas. Llegaremos á la vega de Granada , y entonces estareis seguro.

¿ Podia aguardar Faxardo este nuevo y terrible golpe ? Es un rayo que le hierde : se contempla en la situacion mas horrorosa : se mira hecho un infame seductor que va á faltar á las leyes de la hospitalidad , traspasar el corazon de un padre , de un Rey del qual ha recibido los testimonios de la mas noble generosidad , de la mas extraña beneficencia : ¡ que consideracion tan terrible ! Pero mira por otro lado á Zatima á quien ama , á quien idolatra expuesta al furor de la colera paterna , abandonada , conducida por él á la muerte mas terrible y cruel : esta ultima idea llena toda su alma de amargura y dolor — soy el mas malvado de los hombres ; robo una hija adorada al autor de sus dias , á mi bienhechor. El amor , el amor es superior á todo. Vamos , Señora , vuestro esposo es el que os habla : ¡ querida Zatima !... ¡ á que extremo nos vemos reducidos !

Era cierto que Abenacar estaba informado de la

pasion de su hija y del Cavallero, y que al otro dia debia tomar de ellos una venganza terrible; pensaba en sacrificar á Zatima á su furor, y reservaba el cavallero para hacerle sufrir los mas espantosos tormentos.

Nuestros dos amantes seguidos de Fatme, de un esclavo y de dos escuderos, hallan en fin medio de escapar y llegar hasta la vega de Granada. El miedo les daba alas: Zatima, medio muerta, volvía continuamente sus timidas miradas, hacia la Corte de su padre; ven una nube de polvo que se eleva y engruesa cada vez mas.

Comenzaba á amanecer: oyen un ruido confuso; creen haber oido los relinchos de muchos cavallos. Descubren una tropa de Cavallería que parecia correr hácia ellos: se llenan de espanto: ofrece á su vista una roca escarpada: corren hacia ella: suben á su punta. La ligera tropa los alcanza al instante, y los rodea. Fatme, el esclavo y los dos escuderos caen heridos de mil golpes mortales. Sus enemigos cada vez mas furiosos desearon de apoderarse de su presa, se acercan á la peña, dando horribles gritos, y comienzan á trepar á la cima. Los dos infelices amantes conocen que no tienen remedio alguno. Zatima habla la primera y dice al Cavallero — Faxardo. Faxardo, hemos perdido toda esperanza. Nos amamos, pero no podemos vivir juntos: muramos pues. Al instante se abraza con el Cavallero, lo agarra fuertemente y se arroja con el desde lo alto de la peña, que aun se llama hoy dia: *La Peña de los Enamorados*. Abenacar no pudo resistir al dolor que le causó este suceso: lloró la muerte de su hija y siguióla á poco al sepulcro.

Este hecho que acabamos de referir, es enteramente verdadero. Lo aseguran los mejores Historiadores de España.

Para

Para que se vea que solo hemos añadido à fin de
 hermosearlo, y hacerlo mas patetico, algunas lige-
 ras circunstancias, copiaremos aqui lo que dice el
 celebre Mariana, libro 19, cap. 22. „ Un mozo
 „ christiano estaba cautivo en Granada. Sus partes,
 „ y diligencia eran tales, su buen termino, y cortesía
 „ que su amo hacia mucha confianza de él dentro,
 „ y fuera de casa. Una hija suya al tanto se le afi-
 „ cionó, y puso en él los ojos; pero como quiera
 „ que ella fuese casadera, y el mozo esclavo, no
 „ podian pasar adelante como deseaban, ca el amor
 „ mal se puede encubrir: y temian si el Padre de
 „ ella, y amo dél lo sabia, pagarian con las cabe-
 „ zas. Acordaron de huir à tierra de Christianos:
 „ resolucion que al mozo venia mejor, por bolver
 „ á los suyos, que á ella por desterrarse de su pá-
 „ tria; si ya no la movia el deseo de hacerse chris-
 „ tiana, lo que yo no creo. Tomaron su camino
 „ con todo secreto hasta llegar à un peñasco... en
 „ que la moza cansada se puso à reposar. En esto
 „ viéron asomar à su padre con gente de acavallo,
 „ que tenia en su seguimiento. ¿ Qué podian hacer,
 „ ò á que parte bolverse? ¿ que consejo tomar? ¡ men-
 „ tiosas las esperanzas de los hombres, y misera-
 „ bles sus intentos! Acudieron à lo que solo les
 „ quedaba de encumbrar aquel peñol, trepando por
 „ aquellos riscos que era reparo asaz flaco. El Pa-
 „ dre con un semblante sañudo, los mandó bajar:
 „ amenazábales, sino obedecian de executar en ellos
 „ una muerte muy cruel. Los que acompañaban al
 „ padre, los amonestaban lo mismo, pues solo les
 „ restaba aquella esperanza de alcanzar perdon de
 „ la misericordia de su padre, con hacer lo que les
 „ mandaba, y echarsele à los piés. No quisieron ve-
 „ nir en esto: los Moros puestos à pié acometieron
 „ á subir el peñasco: pero el mozo les defendió la

„ su-

subida con galgas, piedras, y palos, y todo lo demás que le venia à la mano, y le servia de armas en aquella desesperacion. El padre visto esto, hizo venir de un pueblo allí cerca, ballesteros, para que de lejos los flechasen. Ellos vista su perdicion acordaron con su muerte librarse de los denuestos, y tormentos mayores que temian. Las palabras que en este trance se dijeron no hay para que relatallas. Finalmente abrazados entre si fuertemente, se echaron del peñol abajo por aquella parte en que los miraba su sañudo, y cruel Padre. Desta manera espiraron antes de llegar á lo bajo con lástima de los presentes, y aun con lágrimas de algunos que se movian con aquel triste espectáculo de aquellos mozos desgraciados; y á pesar del Padre como estaban los enterraron en aquel mismo lugar: constancia que se emplea mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte, si la padecieran por la virtud, y en defensa de la verdadera Religion, y no por satisfacer à sus apetitos desenfrenados.

Continúa la Lista de Subscriptores.

EN VALENCIA.

Excmo. Sr. D. Luis Urbina Capitan General del Ejército, y Reynos de Valencia y Murcia.

Excmo. Sr. Conde de Parsent.

D. Christobal Ojalde, Abogado.

EN SARRA.

D. Carlos Balaguer, por seis meses.

CON LICENCIA.

En la Imprenta de MARIA BRÓ Viuda, administrada por FERMIN NICOLAU, calle de las Ballesterias en las quatro Esquinas.